

EL PENSADOR

Buenos aires, 20 de septiembre del 2025.

Los hechos que voy a relatar sucedieron hace ya varios años, a principios de la famosa cuarentena causada por la pandemia de Covid 19. Era Abril, a principios de mes. Conozco gente que ha pasado por situaciones similares, pero de un modo más convencional, por así decirlo.

Ellos llegaron sin previo aviso. Alguien que va a usurpar una casa no toca el timbre ni te llama por teléfono, es así. Simplemente, aparecieron, sin forzar cerradura alguna, sin hacer ningún tipo de ruido, sin alardes ni gritos.

Primero fue él. Salí del baño y ahí estaba, en el balcón. El Sol estaba por desaparecer detrás de uno de los edificios de enfrente y ante tal sorpresa no advertí que él estaba contemplando esta escena. Él no tiene voz, ni la necesita. Mucho menos tiene boca. Ni siquiera ojos tiene. Su poder trasciende cualquier órgano vital. Él mira sin ver y habla sin vos. Lo único que no puede hacer es beber o comer, pero el resto de las actividades las puede llevar a cabo sin ningún problema. Creo que en realidad el único propósito para el cual fue diseñado es para pensar. Pensar y contemplar. A él no se le puede mentir. No sabe lo que es la mentira porque simplemente no está en su esencia.

El vino como anunciante, un predecedor de los que vendrían después.

El Pensador, porque así lo llamé, pasó la noche en el balcón mirando las estrellas. Me dijo que para él era el mejor lugar de la casa. Se disculpó por taparme la vista desde el living, y así fue como, de un día para el otro, una gran sombra con forma triangular se gestaba de a poco todas las tardes, como un gran reloj de Sol.

Decía que le gustaba mi departamento, que se notaba que le faltaba un poco de luz por ser tan profundo, pero que había algo en él que lo hacía sentir como en casa. Era "alegre", según él, por eso le gustaba.

Del mismo modo en que El Pensador empezó a conocer mi departamento como la palma de su mano (es un modo de decir, porque tampoco tiene manos), yo lo empecé a conocerlo a él.

Tenía un carácter tranquilo, demasiado para mi gusto. Podía vislumbrar en él cierto vaivén entre la melancolía y una suave alegría, como si su mente fuera una hamaca en cámara lenta. Era evidente que no juzgaba a nada ni a nadie. Solía repetir que la humanidad estaba al borde del abismo, y en el mismo tono me decía cuanto le gustaban los atardeceres en mi balcón, y como no tenía rostro, me era imposible leer en lo que sería su cabeza, algún tipo de expresión. Su cabeza...con el paso de los días descubrí, que cuando ésta giraba algo pasaba por su mente. Había en éste ser sentimientos que parecían ser diferentes a los que poseemos los humanos. Su corazón, que tampoco tenía, era lo más compasivo que yo había conocido. Así como no sabía lo que era la mentira, tampoco la maldad ni el resentimiento.

Un día me sorprendió hablando de literatura. Había leído, no me pregunten cómo, una gran cantidad de libros. Me contó que le gustaba mucho Dostoievsky, y la literatura rusa en general, por eso me costó creerle que su libro preferido fuera "La guerra de los mundos".

- ¿Lo leíste?, me preguntó de pronto, y me sorprendió con esa pregunta.

-La verdad que no, respondí, tratando de intuir, como hacía él, en que estaba pensando en ese momento, porque tenía toda la impresión que detrás de esta simple pregunta había algo más profundo detrás.

Al otro día después de esa conversación apareció otro de éstos seres. Se autoproclamaba poderosa y valiente, y alardeaba diciendo que en su interior el temor no tenía espacio. Portaba una especie de estandarte de guerra, parecía enojada, con mal carácter. Era de baja estatura, regordeta y a diferencia del pensador sí tenía algo parecido a una cara. Tenía un solo ojo, gracias al cual yo podía distinguir algo muy parecido a un gesto humano. No tenía pestañas, ni cejas y lo único que tenía parecido a pelo en su cabeza eran unas cintas de colores que más que a una cabellera me recordaban a las plumas de pavo real.

De modo contrario al pensador que se rehusaba a ser nombrado, ella decía llamarse Venus y proclamaba ser la diosa del amor. Prefería estar al lado mío e insistía en que debía protegerme a toda costa de algunos seres de los cuales prefería no hablar. Acepté su compañía y cuando no teníamos ya tema de conversación mirábamos juntas la tele, cualquier cosa menos noticieros. Nuestras charlas solían ser livianas y alegres. Si tocábamos algún tema triste enseguida cambiábamos el foco de la conversación. Le pedí que me describiera su mundo, su hogar, sus costumbres y me dijo que era éste mismo mundo, que en cual otro iba a vivir y me preguntó si estaba loca o si había dormido mal y como todo ésto ya era todo un verdadero disparate lo acepté como cierto, total para que iba a mentir. Terminé asumiendo que los de su especie habitan entre nosotros desde hace ya mucho, mucho tiempo, y di por cerrado el tema, así de simple.

Les pregunté cuantos más de ellos vendrían y respondieron con evasivas. Insistieron en que por favor no me preocupe por nada, que no era su intención traerme ningún tipo de preocupación sino todo lo contrario.

Y siguieron llegando. Apareció la Luna, el Hombre Trompo, el Acróbata, también el Equilibrista, cada cual en un lugar definido de la casa que parecía haber sido elegido con anterioridad y sumo cuidado, según las reglas del feng shui, me terminaron reconociendo.

Hubiera querido ser más tolerante a esta visita sorpresiva, de hecho, en una época solía recibir amigos en mi casa los cuales pasaban algunos días, pero esto ya era mucho. Me sentía invadida, ya no tenía espacio y mi privacidad era nula. En mi dormitorio jamás se metieron, aunque uno, llamado El pájaro, solía flotar fuera de mi ventana. Levantaba la cortina a la mañana, y ahí estaba, como un perro esperando a que lo saquen a pasear.

Sabía que debía ser paciente, que les tenía que dar cobijo, esconderlos de algún modo, pero después de 3 meses de convivencia, esto era ya insostenible. Si hubiera podido elegir, sin dudar lo hubiera pasado esta cuarentena en soledad. Soledad y silencio, era lo que más extrañaba de mi hogar. Mi departamento se había convertido en una especie de bosque tupido, una selva sin lianas donde desplazarme de la puerta de acceso a mi dormitorio se había convertido en una especie de carrera con obstáculos.

Según ellos el futuro de la humanidad dependía de este tiempo, pero se estaba convirtiendo en una tarea titánica para mí y al fin y al cabo yo no tenía nada que ver con este embrollo interplanetario o lo que sea que estuviera pasando.

Convoqué entonces a una asamblea, en donde claramente yo era la minoría en mi propia casa. Me dijeron que no tenía opción, que realmente lo lamentaban mucho, que prometían

molestarme lo menos posible y que tratarían de recompensarme de algún modo, pero que en definitiva yo estaba mirando las cosas desde una perspectiva equivocada, que yo era parte del mundo que ellos estaban tratando de salvar y que por lo tanto que tratara de ser menos egoísta.

Lo que faltaba, ¡invadida y egoísta! De haberlos querido matar, ni siquiera hubiera podido, porque me dieron a entender que prácticamente eran indestructibles. La realidad es que jamás les hubiera hecho daño, pero en un ataque de impotencia no descarté esa posibilidad.

Fue entonces cuando ellos mismos convocaron a una asamblea y ya ni siquiera fui minoría porque no me dejaron participar.

Por unanimidad y sin tardar demasiado el resultado definieron tres puntos de acción:

- 1: DEBÍAN RETRIBUIRME DE ALGÚN MODO EN MENOS DE 24 HS.
- 2: EL MODO MÁS ADECUADO DE RETRIBUIRME ERA LA TRANSFERENCIA DE CONOCIMIENTOS.
- 3: EL CONOCIMIENTO TRANSFERIDO SERÍA SOBRE GEOMETRÍA E HISTORIA UNIVERSAL (y si me animaba, también algo de astronomía)

- ¡No sean ridículos!, ¡por favor!

Me miraron azorados, esa era la primera vez que yo les levantaba la voz. El plan les había parecido maravilloso: un conjunto de seres intergalácticos enseñaba sus conocimientos a un terrestre, pero éste se negaba desde su más profunda ignorancia.

¡Invadida, egoísta y ahora ignorante!

-El Pensador giró su cabeza y me preguntó: - ¿Sabés lo que es un esfericón, un eleoide? ¿No te gustaría tener algunos conocimientos básicos sobre éstos cuerpos?

-No. ¿Sabés hacer ñoquis de papa? Retruqué. Finalicé el diálogo, giré sobre mi eje y de un paso entré en mi mini-cocina a hacer una de las pocas cosas que me daba más satisfacción en esta cuarentena.

Pero así como vinieron también se fueron. Una tarde, exactamente 6 meses después de declarada la cuarentena, todos juntos, al unísono se despidieron de mí. Dijeron que el tiempo era propicio. Nombraron un planeta del cual yo nunca había escuchado y dijeron que estaba alineado con nuestra luna, que no podían esperar ni un minuto más porque llegarían tarde.

Pregunté por el “peligro inminente de la humanidad” y me dijeron que había sido todo un mal entendido y una vez más me pidieron disculpas. Les deseé buen viaje y hasta me animé a decirles que vuelvan cuando quieran, que, si venían de a pares y no por docena eran más que bienvenidos, siempre y cuando me avisaran con algo de tiempo.

Formaron una fila con rapidez, y comenzaron a cantar una melodía que me pareció bastante alegre, sobre todo por los tiempos que corrían. Atravesaron de a uno la puerta de entrada y cuando el último terminó de traspasarla la abrí, pero el palier estaba vacío.

Ya pasaron 5 años de esta historia y todavía sigo esperando que alguno llegue de modo intempestivo. Reconozco que los extrañé mucho al principio, como suele pasar cuando uno se encariña con alguien sin quererlo.